

Notas de jardinería
y otros poemas

KATIA REJÓN MÁRQUEZ

Los nombres del verano

Luis

I

La orilla donde me acobardo y muerdo el vértigo
tendría que ser tu nombre
el monosílabo con que te llamo
que no alcanza para decirle a todos lo que eres cuando te presentas

Te vi

anónimo

caminar entre rostros refugiados en sus propios nombres,
una se acostumbra a mirar con los ojos.
Yo fundaba mi esperanza de ti en el paladar:
saberte
y abrir la hendidura de mis horas muertas
en el viaje amantísimo a la certeza.

Y qué voy a hacer.

A dónde iré a recoger mi cuerpo
cuando sepa tu dirección,
la hora exacta en que naciste.

II

Arruinaste
los días de junio,
octubre
y todos mis cumpleaños
qué esperabas.

No hay más que este silencio
un grito que de tan alto
fue ahogado.

Hay veces que la memoria me despierta para echarte.

Se esconde,
detrás de ese humor tuyo
la forma en la que corriges todo
y acercas la mano para tocarme los dedos,
un desconocido al que temo.

En tu falta, cuando estoy sola
destruye las cosas
respetuosa y calladamente,
deberías ver cómo deja nuestra casa.
Y a mí, me siembra
ojitos de huracanes
minúsculos y violentos.
Y cuando estás conmigo
lo veo asomarse como una corcova detrás de ti.

Hay días en que no puedo mirarte sin pensar que no existes.

Y a nuestra casa como un refugio de sombras
que salen a la calle
vueltas cuerpo.

III

La puerta que cerraste
me dejó su aliento frío por el pecho
y la sentencia fatal de que esta vez
tendré que vivir conmigo.

A partir de hoy, la luz de la mañana
ya no es el cuerpo de lo mismo
sino un proyectil
que apunta a diario entre los ojos.

IV

Si yo te dijera todas las veces
que quise deshacerte con la boca
y tocar tu pecho con mis pestañas,
dirías que no te salen las cuentas,
que tendría que haberte conocido
prehistórico, rupestre.

Pero te imagino desde entonces,
desde la cúpula del tiempo
porque estás en mí
eternamente.

Así me vaya, así te olvide,
así se rompan todos los relojes
del mundo, a la misma hora.

Mi tiempo sigues siendo tú.

Y cuando te miro lejano,
en una fotografía del 2010,
me dan ganas de llorar porque
mientras tú mirabas despreocupado
desde un sillón rojo,
a mí se me hacía tarde para conocerte.

Entonces aunque ahora sepa
cómo ponerte de mal humor,
tu día favorito de la semana
la forma de tus cejas al mentir,
sé que no me perteneces.

Y es ese infantil antojo
de mirarte hasta en las ausencias
el que me dice que no he acabado de vivir,
que todavía, como dice Fernando,
albergo la esperanza

de un día verte feliz en la terraza,
que todavía tengo cosas por escribirte,
aunque tú también lo sepas todo .

Manuel

Mi padre tiene los ojos agotados
como dos cáscaras de uva
que me miraron antes
completas y alegres.

-Me hago viejo, confiesa
Y espanto a las moscas del tiempo
con un manotazo:
-Todo lo demás te funciona bien

Pero sus ojos orientales y solitarios
apenas conocidos entre ellos
son mi tesoro,
la pureza del recuerdo que no se guarda.

Sus ojos,
campiñas arrendadas que prestaron su sol para abastecerse de días,
y traer a gotas
su mismo cuerpo, pero henchido
su misma piel, pero helada.

Sus ojos,
grietas de luz
que despertaron una mañana
con miedo a la sombra
para decirnos que el tiempo
no es redondo.

Julio

Llegamos tarde al amor
y nos seguía esperando.

Llegamos con la fe
convertida en jugo de basura,
apostada en los pliegues del cuerpo
hecho, como quien dice, miarda.

Vivimos con personas
que nos hicieron pequeños
que tejieron telarañas en los paisajes
y durmieron y roncaron
mientras soñábamos con mirar
otras ventanas.

Llegamos de perder
todos los premios de la feria,
y nos hemos vuelto a formar
en la fila.

Yobain

Ayer oí una voz que no era tuya
y venía de adentro.
Diría que te conozco
pero eres agua dulce en el mar,
la sombra de otro cielo nunca visto.

Te nombraría con tantas palabras
que no eres: ternura, finitud, miedo.
Pero sé leerte,
cuando desclavas los recelos
y eres tú, amplísimo:
Yoremito, un baile norteño,
un grito en la marcha,
la paz, la verdadera paz, de una iglesia.
Son surcos de ti que ignoras.

Y si te leo, aunque a veces no te entienda
es porque llevas escrito
poesía en braille
para las ciegas como una.

(Si te dejaras tocar,
haría un libro y no un poema de ti)

Yo nací un lustro después de tu ruta,
y tardé cuatro para alcanzarte,
para compartir con alguien
un planeta diferente al mío
un dolor bilingüe.

De todas formas
no hay nada que decirte que no sepas
vas dejando huellas, siempre
para que alguien te siga.

II

Te iba a decir, si no es indiscreción
que tuvieras cuidado
dónde pones la cara cuando lloras.
Ainas se te cai
yo lo vi, nadie me lo cuenta
cuando saliste de esa idea
y la escupiste:
a mí no me tocó pensar que me querrían
y fuiste el pasado
de tu cuerpo
cómo te sentiste cuando alguien
puso una piedra en tu mochila.

Si te hubiera conocido entonces
habría sacado la piedra,
te hubiera cargado la mochila.

III

Hoy dijiste *madre*, Yoremito,
con la voz entrecortada
el cuerpo flaco y moreno.
Algo le pasó
pero no dijiste qué.

Cuando dices tú y yo
y te refieres a nosotros
a la vida densa y extraña
que nos tocó
siento que te abrazo
siento que te siento
pero cuando dices
algo pasó
cuando escucho tu voz
casi un eructo de grillo
resbalosa y ondeante
diciendo *madre*
sé que estás ahí en alguna parte
guardado
en el patio más caluroso de tu infancia
intacto
pero tocando todo.

Sur de noche

*...el Sur auestas
con su espeso galope submarino
y un cielo en cruz mostrando las raíces
Abigael Bohórquez*

Sur de noche

I

Tan poco me pertenezco
que pudiera yo seguir viviendo
si un día me muero.

Lote baldía, me guardo.
Pero hay noches que me encuentro
guarecida o presa
y vuelvo a apedrearme.

Por ejemplo, yo lloré en un avión
Guadalajara-Mérida
a diez mil metros sobre el mar,
de coraje
de decir *por qué no soy más aventada.*

Donde no esté nunca
ahí me quiero.

II

Detesto con la vida
las cosas grandes y
las ciudades en crisis.

No soy mujer, soy archipiélago,
y salgo a navegar así
disimulándome.

Nunca sufrí realmente
eso es lo malo
que no tengo pretextos
para hacer del miedo mi consigna.

Aún así no pude dormir en un hotel
de Calzada Independencia Sur
porque era 22 de abril
y me llegaba el olor
de las muertes de Analco y Quinta Velarde
apenas hacía 26 años
estranguladas.

Hasta la piel del perro de la calle
me entristecía.

La ventana del hotel era un álbum
de edificios moribundos y metálicos.
Recordé que en la televisión dijeron
que mataron a diez mientras dormía.

El sueño es un albergue
para los heridos de mi memoria,
mas no detiene los taladros de la noche.

Quise huir de esa ciudad grande
en el vuelo 686

y lo perdí.

Lo pequeño es hermoso

Acomodo un balde vacío
en medio de la sala
para atrapar la lluvia
y ningún traste que amortigüe
el sudor de tierra que abolla las macetas.

No estoy de humor para tantas guerras
para sembrar palmeras
que den sombra a las estatuas,
también es bueno amar las cosas simples
las tazas y su olor a pan
el tiempo
calcular la hondura del mar
y su sabor metálico
o suponer
que hay historias dulces que no se cuentan
que hay cadáveres jugando al ajedrez
con la lengua del poema.

Me he tragado cenizas
y algunas onzas de desprecio
pero necesito un día
a lo mejor ser distante,
huérfana de cuerpo,
coser con tristeza
mi esqueleto.

Todos los árboles sufren de insomnio

A veces pienso en mí cuando tenía seis años.

Papá llevaba globos en San Valentín.

Papá me compró un memorama, un rompecabezas.

Papá me enseñó a jugar ajedrez y damas chinas.

Papá me dio por primera vez un libro sin dibujos.

Papá está en el baño leyendo J. J. Benitez

con la trusa en los tobillos.

Papá duerme con cicatrices

en los codos

en sus tardes libres

en la cartera

en el café aguado

en la contusión de una promesa de muerte

en sus brazos como tronquitos castaños

pasados por los dientes de una cortadora.

Papá, *a veces pienso en ti*

como un árbol que da sombra a un jardín muerto

con la humedad y las hormigas

masticando tus raíces.

Alimañas

Se durmieron las bestias en mis brazos
en una paz amarga
como una terraza en la que pega el sol todo el día.

Lo supe.

Estaban desde antes parejitas,
subiendo como alacranes
al muro donde cuelgo la memoria.

Ya querían verme densa como el lodo
de pie como un mueble humedecido
al que los perros han dejado tieso a mordidas.

Pero aquí estoy:
soy crisol hierbabuena
la última oportunidad de un devoto
arrinconado en la puerta de una iglesia
un cuervo herido la primavera.

Y otra vez ellas, aguardando a que fuera una ciénaga
que hablara desde la voz de una pesadilla
casi muertas, dormidas en el ácido de su veneno.

Y otra vez yo, envuelta en la sábana del insomnio.

Jovens rainhas

Por cada noche que duermo
amanecen dos días
ninguno vivo.

Tú esperas
el canto del río
marcado por el paso de los hombres.

Tengo que desamarrar los pies
desde hoy debo planear,
inventar abril en septiembre
encadenar el vientre al aire

y esperar
el canto del océano
marcado por la voz de las otras
abofetear al rostro chocante
de la mañana.

Mudanzas

No habían ahogado a los gatos el día que fuiste por mí a la escuela
para entonces, en el 96 nuestra aventura era también descanso
tu felicidad hizo el cambio de domicilio
y nos fuimos contigo porque tú eras todo.

Si dios murió por mí una vez, tú lo hiciste al menos seis veces.

El auto olía a vainilla
y por la ventana el cielo arrojaba una luz
sobre los lunares rojos de tu cuello,
ignoramos el destino rotundo
las bestias de carga eran bestias yendo al paraíso.

Te pregunté porque los niños ahogaban a los gatos
me dijiste que la gente piensa
que cuando golpeas a un corazón
éste se hace más duro
pero en realidad se rompe.

Palabra portuguesa

Cuando ya hice todas mis llamadas
cuando ajusté la ropa en los ganchos
las cuentas de la luz y gasolina
pienso en que sigo joven y se me abre
una fisura en cada metacarpo.

Entonces guardo la prudencia:
venas del llanto que reservo.
Me acuesto con una soledad de mi tamaño.

Hago lo que puedo con esta herencia
de gente buena y resentida.

Cuando ya he leído los titulares,
vértigo de la vida que me queda,
barro los años sin recuento, sufro.

Sé que las cosas que tengo
serán después las que perdí.
Ésta mi casa perfecta
será derrumbe, un hostal.
Ya nunca el camino de regreso.

Menos mal que me fui

*...por lo menos con esto me distraigo
me corrijo la vida como debió haber sido
hago cuentas de cuánto debo irme
para no estar conmigo en otra parte
Jorge Enrique Adoum*

Menos mal que te fuiste

I

Hubo una vez en la que llegó una tormenta
con un nombre igual que el mío
fue ese día en que mi pecho tuvo una fuga
se descompuso el carro,
me corrieron del trabajo
y en la frente me nació una bolita.

Fue el mismo miércoles en que te fuiste
distráido ,como si estuvieses haciendo algo muy importante
y no querías que te molestara.

Fue esa misma semana en que te gané una apuesta
y eras mi esclavo.

Y aún así, tormenta y ama
no supe pedir que te quedaras.

II

Crece la hierba en los barrotes de una casa vieja
a estas alturas, los dos ya sabemos
que del otro lado del óxido
siempre hay vida.

Y te pienso joven como fuiste
y me veo torpe como soy
en el sitio exacto donde gritaste mi nombre.

Pensábamos que nada iba atravesar
estas paredes tan sólidas
el cuarto de cemento

pero el tiempo es silencioso
y afilado
crece la hierba en los barrotes
de una casa vieja.

III

Sucede que esta noche en que no te veo
más que en fotografías y en una tarjeta que me diste en navidad
te extraño como mi madre ha de extrañarme el día de la madre

y que me urge pensarte
pues nunca fuimos tan cercanos

hace unos días me escribiste
volverías como tantas veces
en mayo
y yo sé que hay una posibilidad
de explorarnos nuevamente
como dos amigos perros

comienzo a despuntar la esperanza
de que al irte en el avión
como tantas veces
recibas un mensaje y te acuerdes
que has dejado la hamaca en mi casa
y que es preciso volver
para dormirla conmigo

hay algo que me aguarda siempre que te vas
un impulso de plantar mi bandera
en tus tobillos.

Oficio de amor

Pasa a veces
no lo niego
que al ser tan poco útil
el cuerpo
se va lamentando poco a poco
y acabando despacísimo
en una sala de espera
pasa también
a todas horas
que hay alguien,
por ejemplo tú,
descuidado, dócil
que abre los brazos
conferido a la niebla
entre las plazas, el sol, el pan,
las albarradas donde alguien escribió tu nombre
y te detienes al recomenzar el día
pidiendo a gritos una labor
donde no tengas
digamos
que hacer nada

¿y por qué no vienes hoy a tejerme en petatillo?

entrégame como una carta a tu madre
tradúceme
quiero ser tu carne recién sazonada, cocíname
repárame, vigila la medianoche de estas rosas negras
con que te miro exhausta
léeme, múltame
sobre el cemento constrúyeme
canta en las novenas todos mis secretos
cierra por último las puertas de mi salón de fiestas.

Estúdame desde tu ciencia
etnográfica, etimológica, pornográfica
mira que soy un imperio sin ley
sin pueblo, gobiérname.

De cualquier forma te escribo en la pared,
domicilio tu nombre, por si acaso,
en su única patria: la pereza.

Rastro del cielo

Esperabas que muriera ahogada
en mis propias lagunas
pero me tragué un barranco.

¿Y por qué no me deja la conciencia
que me sienta un poquito mal,
que me ahogue de verdad un rato?

O al menos recordar el sur de tu cuerpo
trópico de hollada arena
esparcida de cara al mar
hasta donde sabemos no muy grande.

Y digo, tú, puerto solitario,
soy la roca impenetrable de tus olas
mansas, llenas de peces
rastro del cielo que se humilla
ante las conchas
pero tú no ves,
no te das cuenta,
que se me ha ido la vida
en los témpanos de tu cuerpo
que hay botellas con tu nombre
en cada esquina del océano
y luego meses de sequía
o huracanes cegadores.

Estabas esperando a que muriera chiquita
tierna, blanda, a tu nivel,
pero me tragué un barranco.

Herencia

Me avergüenzo
no de ti
de este plagio que soy de ti
de mi conciencia despejada
de mi culpa insondable que llega a ser tormenta.

Soy lo hecho
tu cálculo exacto
la frente tibia de una fiebre que sufriste.

Descalza,
por las calles que me habitan,
te descubro
ciega de infancia.
Amanece,
plagado el cielo de rincones
en el insomnio donde te esperé
y no viniste.

Marcapasos

Si inventaran un objeto tecnológico,
algo así como un marcapasos,
que se instalara no sé si en la válvula pulmonar
o en la médula
y recibiera señales cardíacas
que me lleven de regreso a esa noche
cuando dormí por primera vez junto a tu cuerpo
y me dije que este calor en la espalda
es lo que viene después de la vida
lo que está más allá de lo terrestre.

¿Quién podría acostumbrarse a tu cuerpo de piedra?

Y si inventaran una memoria para el pecho
que me recuerde cómo era
tu llegada perceptible,
cómo eran
las esquinas amables de un desacuerdo.

Siempre lloro cuando me sacan el amor:
este implante generador de impulsos,
tras un agotamiento
normal
de la batería.

Nota en el refrigerador

Estábamos subiendo a cuestas
uno a lado del otro
sin ser nuestros
acarreado esta imagen que no soy
educando a mis tristezas
y se me ocurrió
patalear
sobre las piedras.

Hoy me toca a mí
sacar la basura.

Alarma 5:40

Hoy nace, como todos los días
muy temprano.

Salgo a la calle
y no puedo mirar a nadie
sin que se me caigan uno a uno los dientes
Esto soy después de sacar al sol
esa carne negra que lo habita.

Ahora en mi papel de madre
que ha deshilvanado un secreto
que ha ido poco a poco
quebrantando la intimidad del hijo
estoy satisfecha de saber, no lo niego.

Y cuando dice *No descanso un segundo de mí*
emerge una celda que me separa
hurgo el agujero donde guarda la más árida mentira
y la desprecio,
busco en la trama un nuevo margen,
me levanto sobre la impiedad
le hiero.

Por ahí donde entra el sol
tiendo su reflejo para que lo mire.

**¿Es mucho pedir
que vuelvas?**

Que seas la misma persona
de las ocho con quince
cuando entraste con la cena.

Me cae mejor el que escribió
Si quieres cuando vaya...
a las tres y diez.

A este trapo negro
animal necio
cicatriz de palabra
piedra incrustada en el nervio
hombre de las nueve con seis.

Estuve aquí a las ocho
a las tres

acá estaré a las diez y siempre.

Notas de jardinería

*La naturaleza, por decirlo así,
siempre sabe dónde y cuándo detenerse.*

E.F. Schumacher

Flores de Bach (ritual terapéutico sin criterio racional)

Escribo y leo de plantas desde que me sequé como una de ellas. Schumacher dice que la naturaleza se mide en *velocidad, tamaño y violencia*, se limpia a sí misma. A mí todavía no se me nota la vida.

Pero hoy salgo *lentamente* al jardín. Descanso sobre mi *pequeña* silla acapulco con el ánimo de alguien que regresa de la *guerra* y no sabe si ganó o perdió todo. Desde esta cueva húmeda que es mi garganta aprendo un canto nuevo, siembro. No dispongo de tiempo para morir, tengo que cuidar a otros para limpiarme.

Begonia semperflorens (sensible a los pulgones)

Estar sola a veces significa esperar a alguien, aunque no quiera.

Desde un patio interior vigilo las cosas que me faltan, y llega de súbito la voz de un vecino.

Las plantas de sombra sólo damos flores pequeñas y poco llamativas. Nos ahogamos con la luz que pasa por las ranuras de una puerta siempre cerrada. Cualquiera tarde miro a los árboles erguidos atrás de la albarrada, y siento al miedo abalanzarse como un ruido que no sé de dónde viene.

Me parece, me digo, que alguien quiere entrar a la fuerza.

Pero no, nadie quiere.

Pinus longaeva (el árbol más viejo de la historia)

La bióloga del museo silvestre me dijo que los ecosistemas nunca se recuperan tras una devastación. Que la naturaleza nunca vuelve al mismo punto.

Ella no sabe, pero al decir eso no habló de agricultura o del pulmón enfermo de la tierra, sino de mi empeño por revertir lo irremediable.

Tragia yucatanensis (urticante y medicinal)

Hablemos de las plantas como especies que hacen daño. De las flores ornamentales que disimulan su rabia al tacto. A lo lejos parecen una verdura fresca en medio de la sala. Son veneno.

Me saco los guantes para tocar la *tragia*. Hace falta la fricción de los cuerpos para herir al más frágil. Entre la *tragia* y yo, sé que soy la débil. Admiro las ampollas que provoca en las palmas.

Mi cuerpo es así: prefiere la intimidad aunque sea dolorosa.

Algunas traen la ponzoña a la vista, en las espinas o en los vellos de la hoja. Otras, escondida en el tubérculo. La *tragia* no oculta sus hojas con dientes de grillo, pero es capaz de curar heridas más grandes de las que hace.

Mi cuerpo es así: prefiere entregarse con violencia, y con eso sanar.

Pach-Pak'al (huerto familiar, agroecosistema cercado con piedras)

Cultivo a espaldas de mi casa, este cuerpo a veces fruta, esta fruta a veces cuerpo y un monte que se agita en septiembre. Yo qué soy sino una albarrada con vidrios rotos, un colchón de hojas donde va la tierra. Qué soy sino una horqueta a nivel del suelo, la punta de los dientes de una hormiga.

Soy también mi madre: piedra triangular con ceniza y estiércol, un abrigo de sombra. Y soy mi padre: una cama de palos, el cultivo donde se ha metido un puerco.

Mi hermana trae flores con zacate húmedo, raíces que no duran mucho pero hoy son el centro de todo. Por ella, el cielo hoy es de palmas y el suelo una curvatura.

Pero sé que otra vez se acercará la luz como aguijón a la belleza, las flores tendrán la piel de un animal muerto. La cosecha será una raíz podrida.

Stenotaphrum secundatum (tolerante al pisoteo)

De no ser mis propios pies, de no ser mías estas manos, me arrancaría de raíz. Pasa que no hay de otra, soy de mí. En este cielo verde caído de bruces, hay un jardín donde nace el amor junto a un pesticida. No hay forma de huir de lo que se tiene dentro.

Mi césped suicida comparte el jardín con la malahierba. Son un solo huésped bífido de la tierra, un bosque donde construyo mi casa y la zona de desastre.

El césped, dulce planta de sombra y lengua seca; la maleza, paja ciega que ninguna luz mata. Ambas crecen en el hervidero esperando ocupar el espacio de otra flor.

Todos los días me arranco la maleza. Insisto, desclavo lo indomable, aunque más tarde regrese. Siempre regresa.

Pesticida (regulan el crecimiento de las plantas)

Mi césped está muerto y es verano. Le sobrevive una columna vertebral cobriza sobre el monte.

Voy de luto, apresurada, con un moretón en el cachete y las manos como lajas. Aunque quisiera llevarme una caravana, a Murcia, mi historia breve, tampoco puedo.

Si tuviera tallos más fuertes, a lo mejor no estaría buscando dónde poner esto que me sobra. Pero nada más hay esto: mis ganas de poblar rebosantes y al mismo tiempo este sudor, este cansancio de salir al mundo para regar con él a un césped muerto.

Ficus carica (también llamada Petite Negra o árbol de maceta)

Esta vez hablo de mí, desde la culpa arbórea que construye una pajarera. Hablo desde la piel curtida, no maderable. Esta vez un poema no está sembrado en el jardín de otro, sino en la tierra de mi propia oreja. Nunca seré un árbol de cerezos, ni daré un espectáculo para el balcón, porque fue racionada la tierra y no me tocó ni un pedazo.

El nombre del árbol que no soy sale siempre como una mano del sepulcro. Me engaño, es cierto, porque la esperanza ya fue colgada al sol como una ropa recién lavada. Le ha pasado la canícula, la barrió el viento, tiene la fibra tiesa, y todavía sigue goteando.

Ya es septiembre, pero aún leo: La *ficus carica* no pide mucho, pero su crecimiento es lento en terrenos secos. Sus higueras resisten condiciones adversas, pero siempre serán árboles frutales de segunda. Aquí lo dice.

No pido mucho. Me conformo con nacer en maceta, y trasplantar un verso a tierra libre.

